

¿Tiene sentido actualmente una geografía marxista en la universidad española?

José Antonio Segrelles*

Con este artículo no se pretende una exposición teórico-filosófica, un análisis epistemológico profundo o una evolución fáctico-bibliográfico sobre la Geografía crítica o marxista, sino más bien una reflexión personal acerca de varias cuestiones que no han cesado de inquietarme tras varios años de observar la realidad a través del prisma de la docencia universitaria y la investigación geográfica. Desde los tiempos de estudiante me abrumaron las dudas acerca del origen, destino y utilidad de la Geografía. De las dudas surgieron infinidad de preguntas que pocas veces encontraron respuesta en la bibliografía al uso y mucho menos en los profesores. En los primeros años como docente intenté provocar el debate entre colegas universitarios a la menor ocasión, pero la verdad es que el éxito fue escaso, y si alguno de ellos se prestaba de vez en cuando a la discusión epistemológica era por caridad más que por convencimiento.

Desde muy temprano asumí que no podría considerarme geógrafo mientras no fuera capaz de responder con acierto, entre otras muchas, a las siguientes cuestiones: ¿Qué es la Geografía? ¿Para qué sirve? ¿Qué utilidad social tiene? ¿La investigación geográfica debe ser teórica o aplicada? ¿Por qué motivo la Geografía ha sido tradicionalmente tan poco respetada por otros profesionales? ¿Deben estar juntas o separadas la Geografía y la Historia? ¿En qué consiste realmente la síntesis geográfica? ¿Por qué se sacraliza a la región como objeto específico en los estudios geográficos? ¿Qué es lo que separa y une a la Geografía Física y a la Geografía Humana? ¿Cómo se debe abordar el análisis del espacio? ¿Pueden los enfoques posibilista o neopositivista explicar con eficacia la dinámica espacial? ¿Por qué son tantos los geógrafos que se declaran eclécticos respecto a los enfoques y métodos empleados? ¿Por qué razón, en líneas generales, las cuestiones

* Universidad de Alicante (España), Departamento de Geografía Humana

epistemológicas despiertan tan poco interés entre la comunidad de geógrafos españoles?

Algunas respuestas se intuyeron rápidamente. Para la contestación de otras fueron necesarios varios años de lecturas constantes y un ápice de reflexión. Debo confesar sin rubor que las claves para comprender y explicar mejor la Geografía y para detectar con eficacia la verdadera esencia del origen, evolución y perspectivas de los hechos geográficos las encontré, tras el estudio de otros enfoques y obras que han jalonado el devenir de la Geografía, en la teoría marxista, bien a través de los escritos de los pensadores clásicos como K. Marx, F. Engels o V.I. Lenin, bien de los de geógrafos como E. Reclus, D. Harvey, J.R. Peet, W. Bunge, Y. Lacoste, M. Quaini, H. Capel o Milton Santos.

Es cierto, como señala Y. Lacoste (1976), que K. Marx y F. Engels manifestaron escaso interés por el espacio y la Geografía, incluso nula consideración por la figura y la obra del geógrafo anarquista E. Reclus. Sin embargo, ello no debe constituir motivo para despreciar la enorme utilidad de la metodología y los esquemas conceptuales marxistas en el análisis de las relaciones de producción y la sociedad del mundo capitalista, que precisamente es el mundo en el que vivimos y trabajamos. En la medida en que estas relaciones socio-productivas se desenvuelven sobre un sustrato espacial no puede servir de argumento descalificador el hecho de que Marx «olvidara» a la Geografía en sus plantea-

mientos teóricos. Además, entre los geógrafos marxistas, sobre todo anglosajones, lo que prima es la opinión de que primero se debe abordar el análisis de los procesos sociales, dejando en segundo término las cuestiones espaciales, es decir, siguiendo un procedimiento inverso al que imperaba en la Geografía teórico-cuantitativa, toda vez que la consideración de que el espacio es un producto social constituye una de las conceptualizaciones fundamentales de la Geografía marxista.

¿Es útil el análisis marxista en la geografía actual?

Asumo plenamente que sólo la simple lectura del título de este artículo, y por supuesto su posterior desarrollo, incite a muchos lectores a pensar que a lo largo de estas páginas se intenta la resurrección de un «cadáver» mediante planteamientos decimonónicos, trasnochados, pasados de moda o ajenos a la realidad geográfica de nuestros días. Esta postura es hasta cierto punto lógica si tenemos en cuenta que el «cadáver» en cuestión nunca tuvo demasiada vida en la Geografía española, pues la existencia de algunos geógrafos marxistas no significa que dicho paradigma haya influido de forma sensible en la ciencia geográfica cultivada en España, ni siquiera que se pueda hablar de un cohesionado y duradero grupo marxista de geógrafos, al contrario de lo que ha sucedido, por paradójico que parezca, en el mundo anglo-

sajón. Es en Barcelona donde la Geografía crítica y el interés por los aspectos teórico-conceptuales de la ciencia geográfica han tenido un arraigo mayor, sobre todo debido a la labor de dos revistas que merecen ser destacadas: *Geo-Crítica*, fundada en 1976 por H. Capel en la Universidad de Barcelona, y *Documents d'Anàlisi Metodològic en Geografia*, de la Universidad Autònoma-Bellaterra. Además de difundir entre los geógrafos españoles las ideas de varios autores críticos internacionales, estas publicaciones periódicas han tratado desde sus inicios temas que se corresponden con los problemas, necesidades y demandas de la sociedad desde una óptica crítica. No olvidemos que *Geo-Crítica* se subtitula *Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, lo cual demuestra sus intenciones y objetivos prioritarios, es decir, una crítica de la Geografía y desde la Geografía, según consta en la presentación de la propia revista.

Asimismo, el dinamismo de varios geógrafos españoles fue capaz de organizar en 1983 una Reunión Científica sobre *Geografía y marxismo*, pero esta iniciativa no deja de ser un caso aislado que apenas ha influido en grupos amplios de investigadores. Una prueba fehaciente de dicho aserto es que en la *Aportación Española al XXVIIº Congreso de la Unión Geográfica Internacional*, celebrado en Washington en 1992, no figura ningún artículo dedicado a la Geografía marxista, cuando existen colaboraciones diversas que tratan sobre la enseñanza de la Geografía, las nuevas técnicas en la in-

vestigación geográfica, la Geografía cuantitativa, la Geografía de la percepción, la Geografía histórica, la Geografía regional, las distintas ramas de la Geografía Física y la Geografía Humana e incluso sobre Geografía y literatura.

No son pocos los intelectuales y universitarios (entre los que se encuentran muchos geógrafos) que bien por acción, bien por omisión, muestran una obsesión desmedida por enterrar a Marx, cuando no se refieren con sarcasmo y suficiencia a una doctrina filosófica que ellos catalogan como superada y obsoleta, sin tener en cuenta que el marxismo encierra un cuerpo teórico poderoso y actual que permite no sólo comprender y transformar el mundo que habitamos mediante eficaces instrumentos de análisis, sino también explicar aquellos fenómenos que normalmente calificamos como geográficos.

La caída del muro de Berlín (noviembre 1989) y el posterior desmembramiento de la Unión Soviética (diciembre 1991) marcó el principio del fin de unos regímenes totalitarios, burocráticos e ineficientes, pero no puede sostenerse de forma demagógica que la expiración del socialismo real equivale al ocaso del pensamiento marxista. Según puso de manifiesto J. Albarracín en una conferencia pronunciada en la Universidad de Alicante en 1994, el marxismo no es un sistema inmutable, dogmático e inerte, pues aprende de la práctica, se ve influido por ella y está en continuo desarrollo. El marxismo está abierto e incorpora muchos de los movimientos que apare-

cen en la actualidad, como por ejemplo el ecologismo, la emancipación de la mujer, la convivencia de los pueblos o la integración de las minorías étnicas. En palabras del filósofo francés J. Derrida (1995), el marxismo sigue siendo necesario e indispensable para luchar contra la injusticia y la desigualdad, siempre y cuando se le transforme y adapte a las nuevas condiciones. La esencia de estas ideas ya fueron defendidas en su día por V.I. Lenin cuando señaló que no se puede enfocar en absoluto la teoría marxista como algo acabado e intangible, pues Marx y Engels sólo colocaron las piedras angulares de la ciencia que los marxistas deben impulsar en todas direcciones, si no quieren quedar rezagados en la vida (BUZUEV y GORODNOV, 1987). Dicho planteamiento representa un auténtico reto que debería hacer reflexionar a los geógrafos españoles si pretendemos que la Geografía que cultivamos tenga utilidad social o, por lo menos, que esté más cercana a la realidad de los fenómenos estudiados.

A pesar de que la Geografía crítica es prácticamente inexistente en la Geografía española actual, la utilidad del análisis marxista para explicar un mundo que camina de manera decidida hacia la globalización y la total liberalización comercial debería quedar fuera de toda duda, pues aparte de su reconocida validez interpretativa de las sociedades capitalistas, qué duda cabe que estas tendencias mundiales influirán en la transformación acelerada de los espacios mediante la intensificación de las relacio-

nes productivo-sociales existentes y en el nacimiento de otras de nuevo cuño.

La teoría marxista se encuentra perfectamente capacitada para detectar y explicar dichas relaciones, sobre todo si tenemos en cuenta que la economía de los países se basa cada vez más en la especulación (economía especulativa) que en la creación de riqueza (economía productiva). Basten dos datos al respecto: menos del 5% de los intercambios monetarios que se producen en el mundo corresponde al comercio de bienes o mercancías (ESTEFANIA, 1996), mientras que el volumen estimado de movimientos de capitales que circulan de forma permanente a través de las «autopistas de la información» y al capricho de las tasas de intercambio, es decir, ejerciendo una especulación financiera sin límites, asciende a 1'2 billones de dólares (PETRELLA, 1996). Esto significa que la economía se está desmaterializando a pasos agigantados, pues cada vez el poder reside menos en la propiedad material (tierras, fábricas, recursos naturales) y más en el control de factores inmateriales, como por ejemplo, la investigación científica, la alta tecnología, la publicidad, las finanzas o los medios de comunicación (TOFFLER, 1992).

La riqueza, centrada en la creación de instalaciones fabriles, infraestructuras y equipos, constituye la parte más visible de la realidad espacial, pero no debemos olvidar que el espacio geográfico no se reduce al paisaje observable, pues los fenómenos y relaciones menos visi-

bles también permiten comprender la organización del espacio, y quizá con mayor intensidad. Este es el caso de los poderes políticos, sociales y económicos, de las relaciones y conflictos sociales, de la toma de decisiones, de los flujos del capital, de la difusión de innovaciones, de los mercados o de las economías externas, factores que tienen una influencia decisiva en la transformación del espacio y que no suelen contemplarse en las investigaciones geográficas tradicionales, abordadas bajo el prisma de enfoques que no disponen del mismo aparato metodológico que el marxismo.

La mundialización del capital, que escapa por completo al control de los Estados-nación, está acelerando con rapidez la globalización del sistema productivo y de las inversiones, al mismo tiempo que genera la integración de los flujos comerciales por grandes regiones. Además, estimula a su vez la mundialización de las empresas, estrategias y mercados mediante inversiones directas en el extranjero y deslocalizaciones, fusiones y alianzas empresariales. Es evidente que el capital, en sus vertientes productiva y financiera, además de crear y transformar los espacios, configura y articula su propio espacio impulsado por su dinámica interna. Incluso actualmente se puede observar en los países desarrollados el notable negocio que representa el fomento de los valores ecológicos por parte de los mismos agentes que han contribuido a su deterioro, así como la gradual transformación de los espacios rurales, cada vez más sometidos a los dic-

támenes del mercado, en bienes de consumo desde su tradicional papel productor. Quizá esa publicidad que intenta impulsar el turismo *verde e interior* desde las más diversas instancias no sea tan inocente como aparenta si advertimos el progresivo agotamiento del modelo turístico litoral de *sol y playa*.

Por lo tanto, no parece exagerado afirmar que posee más poder de transformación del territorio el consejo de administración de una gran compañía, o una asociación de empresarios, que cualquier legislación reguladora de los usos del suelo o que una legión de geógrafos y técnicos ejerciendo una Geografía aplicada. No hay que olvidar que en numerosas ocasiones determinadas empresas, o los propios poderes públicos, que a veces actúan como correa de transmisión de esas firmas, encargan proyectos a las Universidades con el objeto de que las conclusiones de la investigación respondan a sus intereses.

Pensar que algún día, en el estado de cosas actual, se pueda lograr una organización armónica del territorio constituye una actitud candorosa porque precisamente es en el desorden y en la desorganización donde el capital, fiel a su esencia inmanente, se mueve a sus anchas para generar beneficios. La desarmonía de los elementos espaciales se manifiesta incluso caótica para el profano, pero el investigador avisado debe saber que detrás de la simple apariencia ocular se esconde un espacio muy bien organizado en el que cada elemento, y sus relaciones con los demás factores, tie-

ne una función específica dentro del sistema. Un ejemplo diáfano lo constituye la localidad almeriense de El Ejido, donde los requisitos del omnipresente y dinámico cultivo en invernadero (v.gr. superficies para las explotaciones, industrias y suministradores de medios de producción, servicios auxiliares, mano de obra abundante, generalmente inmigrada) ha generado una ciudad dura, inhóspita, contradictoria, donde las condiciones de vida son alienantes debido al intenso tránsito de vehículos, a la alta contaminación ambiental, a la anarquía en la disposición de los edificios, a la ausencia de zonas verdes o lugares de ocio y recreo y al surgimiento de ciertos brotes de xenofobia hacia los trabajadores foráneos, sobre todo magrebíes. Sin embargo, aparte de ofrecer una elevada actividad de médicos especialistas en el aparato respiratorio y una tasa de suicidios muy alta, en este lugar encontramos una de las mayores concentraciones de entidades bancarias por habitante de todo el país (?).

La decisiva influencia de los flujos del capital como creadores y transformadores del espacio y de los centros de poder como organizadores del territorio (SANCHEZ, 1981) no suele ser objeto de atención en las investigaciones geográficas de corte clásico o regionalista. Aquí es donde verdaderamente sería útil una auténtica perspectiva global e integradora en el momento de acometer el estudio de los espacios. Sin embargo, el dominio de la teoría marxista puede proporcionar respuestas muy valiosas

para comprender la dinámica espacial, entre otras razones porque el marxismo está desprovisto de la ingenuidad que exhiben, consciente o inconscientemente, otros enfoques geográficos. ¿O es que los millones de parados en España y Europa, la creciente precarización económica y laboral, los problemas ecológicos, los conflictos urbanos, la destrucción de la agricultura, las oleadas inmigratorias, el rechazo hacia el Estado del bienestar, el desarrollo de las privatizaciones de las empresas públicas, la progresiva pérdida de protagonismo por parte del Estado, la divinización del mercado, la liberalización comercial o la pésima distribución de la riqueza no van a tener su correspondiente reflejo en el espacio? Ante este panorama no queda más remedio que pensar que el legado marxista sigue vivo como instrumento interpretativo de la realidad y que F. Fukuyama (1992) se ha equivocado.

La investigación geográfica

La suavización de la «guerra fría» y la más libre circulación de ideas, la crisis y la desigualdad crecientes en los países desarrollados, el deterioro de las condiciones de vida en las ciudades, los conflictos sociales, el proceso de descolonización, los grandes problemas de los países subdesarrollados, los movimientos pacifistas, las reivindicaciones estudiantiles o los problemas ecológicos, fueron, entre otros factores, el principal caldo de cultivo para que a finales de los años se-

senta surgiera un nuevo movimiento crítico en las ciencias sociales, sobre todo en la Sociología, la Economía y la Historia, que afectó también a la Geografía (CAPEL, 1981). Desde este momento se cuestionan los fundamentos conceptuales y la eficacia metodológica del enfoque neopositivista y se resalta su incapacidad para dar respuesta a dichos problemas.

Fiel a su origen, los principales temas abordados por la Geografía marxista caminan en el mismo sentido: la pobreza y los pobres, los grupos sociales marginados, la repercusión espacial de las contradicciones de clase entre los países desarrollados y subdesarrollados, los procesos de acumulación capitalista, la dependencia de los mecanismos del mercado, los conflictos sociales, el problema de la accesibilidad espacial y social a los servicios públicos esenciales, el subdesarrollo, la dialéctica centro-periferia, los modelos geográficos del imperialismo, la explotación del campo por la ciudad o la proletarianización del campesinado.

Si bien el mero enunciado de estas temáticas ya produce una clara asociación mental con el tratamiento crítico de las mismas, la verdad es que la filosofía marxista constituye una forma especial de razonar que la hace válida para la interpretación y comprensión de cualquier hecho geográfico. Pese a ello, la Geografía española, salvo casos excepcionales, nunca asumió este paradigma de forma generalizada, quizá por miedo, quizá por conservadurismo o tal vez por una serie de prejuicios que hacen mala pareja con la ciencia.

No obstante, es justo destacar que en el seno de las últimas corrientes geográficas que han aparecido en España se ha producido una aproximación muy interesante entre el marxismo y la vertiente fenomenológica de la Geografía humanista. Incluso algunos geógrafos de izquierda, como D. Ley o M. Quaini, mantienen viva la esperanza de que un progreso teórico de la Geografía humanista pueda llevar al redescubrimiento de un nuevo materialismo histórico que ha sido denominado *humanismo marxiano*. Esto no significa que ambos enfoques sean fáciles de conciliar, ya que el fenomenológico presenta grandes dificultades para concebir la sociedad externa al individuo, no supera la dicotomía entre lo objetivo y lo subjetivo y, además, separa lo inseparable, es decir, lo que se halla dialécticamente interrelacionado (GARCIA RAMON, 1985).

En cualquier caso, se puede afirmar sin gran margen de error que entre los geógrafos españoles no ha habido nunca un abandono sensible de los enfoques posibilistas heredados de la escuela regional francesa hace ya varias décadas. Es más, algunos colectivos de geógrafos en las universidades españolas reivindican en la actualidad la recuperación de los conceptos *región* y *paisaje*, en ocasiones enmascarados detrás de la denominación de *lugar* (TUAN, 1974), como si alguna vez hubieran dejado realmente de existir y haciendo vano el largo camino recorrido hasta ahora por la ciencia geográfica. Esta rehabilitación de los funda-

mentos vidalianos se lleva a cabo muchas veces mediante la combinación de los enfoques regionales clásicos con las aportaciones más recientes de la Geografía humanista y de la Geografía de la percepción, a lo que se debe añadir la introducción más o menos generalizada de nuevos elementos teóricos y sobre todo instrumentales, como la estadística y la informática. Lo cierto es que esta relativa modernización no es tal, sino que representa en realidad una auténtica cortina de humo que sirve para ocultar, quizá de forma inconsciente, enormes carencias teóricas y agudas dificultades para comprender las relaciones socio-económicas que se producen en un espacio concreto.

La herencia regionalista, grabada a fuego en el espíritu de la mayoría de los geógrafos españoles, ha impregnado de tal modo el talante de los investigadores que sus esquemas y conceptos se reproducen casi mecánicamente hasta en el análisis de temas que en apariencia nada tienen que ver con la síntesis regional. Es decir, la tradicional rigidez metodológica de las monografías regionales españolas (primero el análisis de los diversos componentes del medio físico, después el de las actividades humanas y, finalmente, las interrelaciones que se establecen), debido en parte a que ya no quedan regiones naturales, humanas o culturales por estudiar, se traslada al estudio de temáticas más actuales y atractivas, pero en ellas se aprecia el nítido predominio de una abusiva e inoperante descripción de la información que previamente ha sido recogida, clasi-

ficada, distribuida y cartografiada. La mayor parte de las veces se trata de un sincretismo basado en una mera yuxtaposición de datos. Lo mismo da que se estudien los sistemas de transporte, el sector agrario, el turismo, el comercio, las ciudades o la población. Casi siempre aparecerán indefectiblemente idénticos esquemas, ofreciendo una imagen sesgada, irreal y parcial de los fenómenos analizados y del mundo.

Por supuesto, la utilización de técnicas más o menos sofisticadas (v.gr. Sistemas de Información Geográfica, estadística, cartografía automática o teledetección) contribuye aún más a vaciar de contenido la Geografía que se cultiva de modo habitual, ya que pocos investigadores se plantean que estos medios técnicos no son un fin en sí mismos, sino unas herramientas, eficaces si se quiere, que deben estar al servicio de una posterior interpretación y explicación del espacio.

Asimismo, como señalan M^a.D. García Ramón y J. Nogué (1992), lo fundamental es la adquisición de una sólida base teórica, tanto en la enseñanza universitaria como en la investigación, «que asegure una cierta coherencia en la elección y en el uso de estas técnicas». Estas prioridades se encuentran invertidas en la actualidad, pues mientras los nuevos planes de estudios de Geografía incluyen estas materias de tipo técnico, necesarias por otro lado, siguen siendo incapaces de cubrir el claro *déficit* en teoría social que hasta el momento presente ha exhibido la Geografía española.

A este respecto, el marxismo puede aportar la base teórico-filosófica imprescindible para que los estudios geográficos no se limiten a un simple manejo de técnicas novedosas, a un repertorio de datos, combinados con mayor o menor fortuna, y a comentarios descriptivos de los mismos. El primer paso para lograr esta meta iría encaminado a desembarazarnos de una vez por todas de aquellos prejuicios que impiden ver la realidad bajo el falso estandarte del apoliticismo o de la falta de ideología que esgrimen, a veces con orgullo, muchos geógrafos, ya que, como señala muy bien D. Harvey (1977), la ciencia no es neutral y toda pretensión de carecer de ideología es necesariamente una pretensión ideológica.

No debemos olvidar que tanto la Geografía como la propia Universidad son un reflejo fiel de las tendencias sociales. En un mundo dominado por la idea de lo «políticamente correcto» y por una falsa e interesada visión de la democracia, lo que predomina en la actualidad entre los geógrafos, y otros científicos, es la tibieza, el consenso y el rechazo a toda polémica política o intelectual. Nunca entendí por qué el debate despierta condenas tan agrias en ciertos individuos. Una vez que las posturas críticas pasaron de moda y tuvieron su utilidad, pues no perdamos de vista que a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta la aureola progresista de muchos investigadores les impulsó hasta las cátedras, resulta impropio y de mal tono seguir un enfoque marxista en la

Geografía. Por lo tanto, apostar hoy en día por el cultivo de un enfoque geográfico crítico no proviene del capricho de una moda pasajera o de una aguda miopía científica, sino de una reflexión honrada y del conocimiento previo de las otras corrientes de las que la Geografía ha hecho acopio en su evolución. Mis reticencias hacia otras formas de hacer Geografía no son arbitrarias, sino más bien la consecuencia nítida de una reacción positiva ante una interpretación espacial tradicionalista e irreal que se ha intentado inculcar de forma mecánica y hacer pasar por verdadera. De modo que se puede afirmar que el geógrafo crítico no nace, sino que se hace, y esto en cualquier tiempo y lugar. Bien conocida por todos es la evolución intelectual de algunos geógrafos radicales como D. Harvey o W. Bunge.

Sí es más frecuente, sin embargo, que los geógrafos detractores de la filosofía marxista la rechacen *a priori* en numerosas ocasiones, sin reflexión y sin haber leído ninguna obra clásica al respecto, sólo movidos por prejuicios ancestrales y por el impulso de los sentidos más que por el pensamiento. Una incongruencia divertida la encontramos en aquellos geógrafos que huyen de cualquier razonamiento crítico, declarándose expresamente no marxistas, y utilizan sin saberlo, de forma inconsciente, muchas de las bases teórico-filosóficas y prácticas establecidas por Marx y Engels, ya que los análisis de este completo sistema intelectual son tan lógicos y explicativos que hasta los que se oponen a ellos los em-

plean creyendo que sus planteamientos proceden del sentido común.

Estas situaciones alejadas de la crítica, que afectan a todas las ramas de la Geografía, es lo que provoca que cualquier geógrafo idealista o metafísico, en un afán evidente de no entrar en asuntos conflictivos, pueda explicar, por ejemplo, la generación de una «gota fría» a través de una serie de mecanismos térmicos y dinámicos, y utilizando además diversos esquemas y fórmulas matemáticas, sin ir mucho más allá. No creo que esto tenga demasiado interés para la sociedad, ni siquiera para la ciencia, pues siempre habrá un físico o un meteorólogo que analice dichos procesos de manera más eficaz y con intenciones prospectivas. Por el contrario, un geógrafo marxista, consciente de que la Geografía carece de sentido si se la aísla de las comunidades y grupos sociales, intentaría dilucidar la forma en que las precipitaciones de fuerte intensidad horaria, tan típicas del litoral mediterráneo español, afectan a la vida ciudadana en urbes desordenadas, mal planificadas, carentes de las infraestructuras necesarias y cuyo crecimiento ha cabalgado a lomos de la especulación. Y todo ello atendiendo a las causas profundas, origen y evolución del fenómeno estudiado mediante la aplicación de un método dialéctico y materialista.

Es evidente que un geógrafo idealista nunca procedería de este modo porque para él eso no sería Geografía sino política. En su forma de razonar no deben mezclarse ambos conceptos. Craso

error, pues resulta palmario que la investigación científica tiene lugar en un marco socio-político y expresa y transmite, por lo tanto, ideas y significados sociales y políticos. De todas formas, es cierto que la Geografía y la política son dos actividades distintas, pero es falso que no exista relación alguna entre ellas. En este contexto, y como relevante comparación, resulta sumamente ilustrativo el ejemplo que utiliza G. Politzer (1985), profesor de la Universidad Obrera de París entre 1932 y 1939, y que me permite incluir aquí, sobre el deportista que dice en todo momento: «El deporte, es el deporte; la política es la política. Yo jamás hago política». Según este autor,

«¿Cómo podrá equiparse el deportista si su poder adquisitivo disminuye, si está condenado a no encontrar trabajo? ¿Y cómo podrán construirse estadios y piscinas si los presupuestos de guerra devoran los créditos para el deporte? Se ve claramente: el deporte está subordinado a ciertas condiciones que el metafísico ignora, pero que el dialéctico descubre: no hay deportes sin créditos, pero no hay créditos sin una política de paz. El deporte no se separa, pues, de la política. El deportista que desconoce este vínculo, no sólo no sirve para la causa del deporte, sino que también obstruye los medios de defenderlo. ¿Por qué? Porque, no comprendiendo que *todo se halla en relación*, no lucha-

rá contra la política de guerra; llegará el momento en que, habiendo querido el deporte sin realizar sus condiciones, ya no tendrá deportes en absoluto, sea porque la ruina del país haya liquidado el equipo deportivo o porque la guerra haya llegado».

Esta postura pasiva, incapaz de interrogarse sobre el alcance de su propia actividad, se halla muy extendida entre ciertos colectivos de geógrafos, que, aun creyendo ceñirse a un estricto espíritu científico, inocuo y aséptico, adoptan en realidad una actitud anticientífica. Incluso, por otro lado, ¿cuántas veces habremos oído a muchos geógrafos declararse *eclecticos* cuando se les interroga acerca del enfoque cultivado en sus investigaciones? Semejante actitud, que en ocasiones se ha llegado a defender en los concursos para la provisión de plazas de los Cuerpos Docentes Universitarios, no suele suscitar incomodidad de ningún tipo, ni tampoco promover el debate o la discusión. ¿Quién puede contradecir a alguien que afirma que su forma de interpretar los fenómenos geográficos consiste en utilizar lo mejor de cada uno de los enfoques por los que ha evolucionado nuestra disciplina?. No faltará después algún colega que sostenga que la respuesta fue «inteligente» y «disuasoria».

Lo más grave de la cuestión es que en estos casos no se trata de un eclecticismo reflexivo y meditado con rigor, sino de aquel que actúa como subterfu-

gio de la indefinición, la ausencia de compromiso y la falta de madurez investigadora, o que simplemente busca la anuencia generalizada, el consenso o la protección intelectual ante la circunstancia de adoptar una posición comprometida para sus intereses particulares. Ciertos geógrafos consideran que la adopción de un enfoque concreto, en detrimento de otros, es una postura extremista y negativa para la Geografía. Sin embargo, por regla general se suele ser bastante más condescendiente con los enfoques regional, teórico-cuantitativo o humanista que con el marxista o crítico. ¿Por qué?

Aunque racionalmente yo no pueda aceptar algunos enfoques arcaicos, descriptivos y ocultadores de la realidad y, por el contrario, sí otros más eficaces y completos desde el punto de vista teórico-práctico, creo que de forma independiente a la adopción de un determinado enfoque, al eclecticismo pasivo o producto de la reflexión, al rechazo o adhesión a una acusada especialización geográfica o al trabajo individual o en equipos multidisciplinarios, lo que debe imponerse de modo ineludible y urgente es la búsqueda de una Geografía comprometida, que sea útil para el ser humano, en contacto directo con la sociedad, y atenta a las demandas de los ciudadanos, sobre todo en la medida en que la investigación geográfica suele desarrollarse en el seno de la Universidad. Lo que ocurre es que algunos enfoques son incapaces de superar e ir mucho más allá de sus propios prejuicios y ataduras mentales,

que con frecuencia constituyen el simple reflejo de las cadenas económicas, sociales, políticas, religiosas o culturales que aprisionan a sus fieles seguidores.

¿Geografía teórica o Geografía aplicada?

El marxismo constituye una teoría científica y un sistema intelectual completo que sintetiza, como es sabido, la filosofía clásica alemana (Hegel, Feuerbach), la economía política inglesa (Smith, Ricardo) y el socialismo utópico (Saint-Simon, Fourier, Owen), pero también es un potente instrumento de acción a través de la incorporación del método dialéctico al enfoque de los fenómenos investigados. Luego, para un marxista, teoría y praxis son conceptos íntima e indisolublemente ligados.

Si convenimos en que la Geografía es una ciencia, resulta lógico que centre sus esfuerzos en el «saber por el saber», es decir, que persiga unos objetivos teóricos, puros, de base. Por otro lado, no es menos cierto que la escasa participación de nuestra disciplina en la planificación territorial le ha restado proyección social y consideración frente a otras ciencias sociales. La veracidad de ambas afirmaciones no implica que la toma de una postura concreta sea tarea fácil, pues la adhesión categórica a una Geografía pura no puede enmascarar la modesta preparación práctica que los futuros geógrafos han recibido hasta ahora en la mayor parte de nuestras Universidades, lo mismo que la excesiva ponderación de una Geografía aplicada no debe con-

siderarse el remedio absoluto para los problemas que desde hace varias décadas soporta la Geografía: falta de consideración social, invasión de sus campos de estudio por parte de otras ciencias, escasas perspectivas laborales para los jóvenes licenciados, predominio de la Geografía docente, etc., es decir, rasgos que a menudo llegan a constituir un verdadero círculo vicioso.

La dialéctica entre la Geografía teórica y la Geografía aplicada es muy antigua y ha suscitado diversas polémicas en la comunidad geográfica. Desde finales del siglo XIX podemos encontrar tanto defensores acérrimos de uno u otro modelo como geógrafos que han intentado conciliar ambos tipos de objetivos, puros y prácticos, tal como queda de manifiesto en el libro de H.F. Gregor titulado *Geografía de la Agricultura* (1973).

En este punto merece ser destacada la opinión de P. George al respecto, pues J. Estébanez (1986) explica que la condena de la Geografía aplicada por parte del geógrafo francés, y su rechazo a las aportaciones científicas provenientes de Estados Unidos, es muy responsable de la tardía introducción y escaso arraigo de los postulados neopositivistas en la Geografía francesa. Se debe aclarar que los principales temores de P. George (1967 y 1972) originados por la aplicación práctica del saber geográfico se refieren ante todo al peligro de perder la independencia y objetividad de nuestra disciplina. No obstante, desde el momento en que este autor matiza su postura y acepta que el geógrafo participe, sólo o

con otros profesionales, en un objetivo concreto que no sea el «saber por el saber» y afirma que el geógrafo es el único profesional capaz de integrar las investigaciones de diferentes especialistas, es lógico pensar que su preocupación no reside tanto en la preservación de la pureza geográfica como en evitar que la Geografía aplicada esté al servicio de la aprehensión militar, política y económica del territorio.

En esta misma línea se encuentra el pensamiento de Y. Lacoste (1976), que quizá por su contundencia, claridad y visión descarnada de los hechos no goza de la consideración de muchos geógrafos españoles. Este autor no sólo critica la llamada Geografía de los profesores, o académica, por ineficaz, poco comprometida, despolitizada, carente de utilidad práctica y ocultadora inconsciente de la verdadera realidad en tanto que saber político, económico y militar de primera magnitud, sino también el mercado en el que se ha convertido la investigación aplicada, «donde unos y otros intentan situarse y hacerse ver de la mejor manera posible por los dadores de fondos» (LACOSTE, 1976).

Estas opiniones del geógrafo francés manifiestan de modo inequívoco que su censura no se orienta a la Geografía aplicada en sí misma, pues es indispensable que la Geografía tenga una aplicación práctica, que sus investigaciones beneficien al conjunto de la sociedad y que los objetos de estudio puedan acceder a los resultados obtenidos, sino más bien hacia la falta de libertad y dependencia que

«soportan» los geógrafos que cultivan una Geografía aplicada respecto a las instituciones, individuos o grupos, públicos y privados, que encargan los proyectos mediante contratos. Asimismo, tanto la Geografía teórica como la práctica o aplicada deben tener siempre presente para qué sirven y al servicio de qué o de quién están. Ahí reside la verdadera esencia del problema y no en elegir de forma excluyente entre un tipo de Geografía u otro, ya que ambos enfoques, y la colaboración en equipo con otros profesionales, son perfectamente compatibles, como ocurre en otras ciencias, siempre y cuando se investigue con rigor, independencia y honradez.

Desde hace algunos años, la Geografía española asiste a una auténtica fiebre aplicada que se materializa en la realización de numerosos proyectos de investigación que son contratados por agentes de diverso signo. Quizá este crecimiento de la Geografía aplicada debiera ir acompañado de una profunda reflexión teórica y de un debate interno entre los componentes de la comunidad de geógrafos españoles, así como del fomento de nuevos valores y métodos entre el alumnado que ayuden a culminar las recientes modificaciones de los planes de estudios. El reconocimiento de la sociedad hacia la Geografía y la utilidad social de sus enseñanzas y aplicaciones es algo que no se improvisa, sino que tiene que ser objeto de una seria y rigurosa planificación a largo plazo, puesto que la valoración de esta ciencia debe ganarse día a día en los más diversos fo-

ros y alentando con prioridad la formación de discípulos con iniciativa intelectual, críticos, comprometidos e independientes. Tal vez estos futuros geógrafos, cuando posean una sólida base teórico-práctica, sean los que consigan el respeto social que la Geografía merece.

Para ello es necesario que se modifiquen ciertas actitudes y esquemas mentales heredados en los que ante todo se valora la anuencia, el consenso generalizado y la tradición intelectual. Se convierte en perentoria, como ya ha quedado dicho, la necesidad de fomentar el debate teórico y la crítica entre el colectivo geográfico español, así como el contacto estrecho con las tendencias más recientes de la Geografía internacional. De este modo, nuestra disciplina se convertiría en una ciencia más vigorosa, dinámica, permeable y abierta, es decir, características que no pueden más que reportar beneficios científicos y humanos.

Partiendo de la base de que las relaciones científicas con cualquier país extranjero son positivas por propia definición, mi experiencia personal me dicta que si en España se desea hacer una Geografía distinta, comprometida y real, el espejo en el que debemos mirarnos no está tanto en Europa o Estados Unidos como en Latinoamérica, continente en el que habita el embrión de una Geografía enriquecedora que anticipa el futuro. Esta realidad ya ha sido detectada por algunos clarividentes geógrafos españoles cuyos departamentos universitarios iniciaron intercambios fructíferos hace

ya varias décadas. La Geografía que de modo general se realiza, por ejemplo, en lugares recientemente visitados como Italia o los Países Bajos, no difiere demasiado de la española, pues las divergencias radican más en la forma y las técnicas que en el fondo y los esquemas conceptuales, bien entendido que en estos lugares, sobre todo en el caso neerlandés, existen investigadores bastante influidos por las geografías anglosajonas. No obstante, una reciente estancia científica en Argentina y Uruguay me ha demostrado que la Geografía española podría aprender mucho de la latinoamericana, tanto en la vertiente teórica como en la práctica, ya que su idea del mundo, los fundamentos filosóficos que alberga, su sentido crítico, la afinidad cultural, las temáticas cultivadas, la agudeza de sus planteamientos y el compromiso de sus investigadores, la convierten en un punto de referencia ineludible y vivo para comprender las nuevas realidades que se avecinan. Aunque sean poco conocidos y estudiados en España, queda fuera de toda duda la solidez intelectual de geógrafos como Milton Santos, G. Wettstein, A.C. Robert Moraes, W. Messias da Costa o R. Moreira.

Geografía Física, Geografía Humana y Geografía Regional

La acuñación del concepto región como objeto específico de los estudios geográficos se debe precisamente al peligro de escisión entre la Geografía Física y la Geografía Humana una vez que se afir-

ma la separación entre las ciencias naturales o nomotéticas y las ciencias humanas o idiográficas, siguiendo el dualismo propugnado por Kant. La unificación de los aspectos físicos y humanos de la Geografía bajo la férula institucionalizada del posibilismo perdura hasta mediados de la centuria presente, momento a partir del cual brotan multitud de enfoques distintos que responden a situaciones sociales propicias y alteran el quehacer geográfico tradicional mediante el alejamiento respecto a la síntesis regional y la profundización de las diferencias entre Geografía Física y Geografía Humana.

En el caso de la Geografía docente española, la Ley de Reforma Universitaria (Ley Orgánica 11/1983, de 25 de agosto), vigente en la actualidad, es la responsable de la división geográfica en tres áreas de conocimiento distintas que se corresponden con las citadas en el epígrafe superior. Cabe señalar que en los países anglosajones no existe la Geografía Regional, mientras que la separación entre la Geografía Física y la Geografía Humana es un hecho ya tradicional.

En los tiempos más recientes se propugna desde diferentes ámbitos la necesidad de volver a unificar las áreas de conocimiento para que la Geografía pueda adaptarse con eficacia a las nuevas realidades (UNWIN, 1995). Sin descalificar de forma absoluta esta postura, bien merece, a mi juicio, una matización basada una vez más en la visión marxista de los problemas. Aparte de que sea inadmisibles propugnar la fusión de las

áreas de conocimiento geográficas en una sola Geografía por cuestiones meramente «imperialistas» o «caciquiles» que se dan en el seno de las áreas más fuertes de algunos centros universitarios, es cierto que sólo debería existir una Geografía, pero ésta siempre sería por definición HUMANA, sobre todo si tenemos en cuenta las carencias teóricas y metodológicas del posibilismo y la síntesis regional, así como la escasa carga matemática y de razonamiento lógico que en varios países, entre ellos España, exhibe la Geografía Física.

La dialéctica marxista nos enseña que el territorio no es un conglomerado casual de objetos y fenómenos, desligados y aislados unos de otros y sin ninguna relación de dependencia entre sí, sino como un todo articulado en el que dichos objetos y fenómenos se hallan orgánica y recíprocamente vinculados unos a otros, dependen unos de otros y se condicionan los unos a los otros. La realidad no puede ser fragmentada so pena de quedar desnaturalizada. Del mismo modo, la dialéctica no considera la naturaleza como un ente quieto e inmóvil, estancado e inmutable, sino como algo sujeto a continuo movimiento y transformación constante, que se renueva y desarrolla sin cesar y donde hay siempre algo que nace y evoluciona y algo que muere y caduca. Todo ello significa que el geógrafo debe inclinarse a un *saber integrado y dialéctico*, siempre vinculado a los procesos HUMANOS y SOCIALES, más que a un *saber sintético, enciclopédico, descriptivo e idealista*, ajeno a las rela-

ciones y movimientos profundos que se dan en un espacio determinado.

Por lo tanto, aunque exista cierta coincidencia con los planteamientos esgrimidos por los neorregionalistas acerca de la unidad de la Geografía, es evidente que la formación filosófico-política, los objetos de estudio, los fines perseguidos y los métodos empleados son radicalmente opuestos. Resulta palmario que el geógrafo que estudie cualquier fenómeno no puede, ni debe, circunscribirse a los estrechos límites temáticos y espaciales del mismo, como suele suceder en muchas investigaciones universitarias, sino que el conocimiento preciso de las diversas ramas de la Geografía le proporcionarán los resortes adecuados para aprehender los espacios en su totalidad y con sus relaciones internas y externas. Asimismo, y esto es lo más complicado y difícil de aceptar por las mentes clásicas, un geógrafo que no posea una mínima formación económica, sociológica, histórica, jurídica y política, flaco servicio prestará a la Geografía y a la sociedad. En cualquier caso, existen problemas mucho más graves en la Geografía, ya planteados a lo largo de estas páginas, que su mera división en áreas de conocimiento, cuya denuncia es en ocasiones interesada.

Al hilo de estas cuestiones es importante resaltar también el escaso carácter prospectivo de las investigaciones geográficas que se llevan a cabo en España, ya que la mayor parte de los esfuerzos se dedican al estudio de realidades estáticas, tanto del presente como del pasado.

Creo que no es necesario insistir en el trascendente papel que la Historia representa en la teoría marxista, pues su conocimiento y comprensión constituye un referente de primera magnitud para explicar la evolución de los fenómenos, entender el presente y prever el posible futuro, aspectos que deberían centrar las preocupaciones de la Geografía, tanto teórica como aplicada. Sin embargo, es muy distinto el uso que de la Historia hace el enfoque regional, pues a menudo el aprendizaje que deriva de los hechos históricos se ha confundido con el cultivo de temas anclados en el pasado que, si bien resultan curiosos e incrementan el acervo cultural, no tienen aplicación práctica alguna, ni suponen aportaciones metodológicas o conceptuales de interés.

En este sentido, cuando se aborda, por ejemplo, una investigación de Geografía Urbana, no es lo mismo el estudio descriptivo de la ciudad en una determinada época histórica, la elaboración de un catálogo artístico de edificios singulares o la detección de los simples cambios que acontecen en su morfología, que proceder al análisis de la influencia actual y futura de la evolución de los precios del suelo, las estrategias de los propietarios del mismo, los costes sociales del crecimiento de la ciudad o cómo se produce el espacio urbano. La ventaja de los temas referentes a períodos pretéritos residen sin duda en la inmutabilidad de las fuentes y en la nula polémica que suelen suscitar, debido a su escaso carácter conflictivo y a la ausencia de pre-

dicciones, cosa que no ocurre cuando se hace una Geografía viva, comprometida, dialéctica y prospectiva, como corresponde a una ciencia que es eminentemente HUMANA y SOCIAL.

Por otro lado, jamás se debe confundir la necesaria formación integral del geógrafo y su amplitud de conocimientos humanistas con la dispersión investigadora, tan frecuente en nuestras universidades, pues suele haber equívoco entre lo que representa un investigador con sólidos y variados fundamentos científicos y lo que supone otro que persigue publicar a toda costa escribiendo sobre cualquier tema que le sea propuesto. En este último caso, lo más corriente es recopilar una serie de datos, que posteriormente se organizan y distribuyen en tablas, gráficos y mapas para, más tarde, describirlos. Con estas premisas resulta fácil, aunque superficial, el tratamiento de las más variadas temáticas de la Geografía, sin que falten después colegas o discípulos que alaben el selecto vocabulario empleado, la estructura coherente del trabajo, su perfecta redacción, la amplitud bibliográfica, la vasta documentación, la multitud de datos cuantitativos utilizados o la irreprochable graficación. Sin embargo, el planteamiento de hipótesis, el desarrollo de un método científico riguroso y la búsqueda de relaciones profundas brillan por su ausencia, es decir, el fondo, que es lo que indudablemente interesa, se relega en favor de la forma.

A este respecto, puede ser muy ilustrativa la exposición de dos casos

concretos y reales de una Universidad española, que para respetar el anonimato serán denominados como geógrafo A y geógrafo B. Según la *Memoria de Investigación* anual que publica la Universidad en cuestión, entre los años 1993, 1994, 1995 y 1996 el geógrafo A ha publicado investigaciones sobre seis ramas diferentes de la Geografía, a saber, Urbana (30% del total de publicaciones), Población (25%), Regional (15%), Histórica (10%), Turismo (10%) y Física (10%). Por su parte, el geógrafo B ha hecho lo propio con siete ramas geográficas: Población (27'8%), Rural-Agraria (22'3%), Histórica (22'3%), Urbana (11'1%), Ordenación del Territorio (5'5%), Regional (5'5%) y Transportes (5'5%). Lo peor de la cuestión es que estos dos ejemplos tomados al azar no constituyen un caso excepcional en la Geografía universitaria de nuestro país. A esto es a lo que muchos geógrafos llaman «no caer en una anquilosada especialización a ultranza». No debe extrañarnos entonces que otros científicos denominen a los geógrafos «aprendices de todo y maestros de nada».

Creo que es muy recomendable que el geógrafo, si quiere ser eficaz y que sus estudios sirvan para algo más que para engrosar los *curricula* y aumentar sus emolumentos mensuales, cultive una línea de investigación más o menos coherente, pero contemplada en sus múltiples facetas, con una mentalidad abierta, que irá enriqueciéndose con el paso del tiempo. Como la mente humana es limitada y el espacio muy complejo, se

ría conveniente que algunos estudios de tipo aplicado, como por ejemplo los de ordenación y planificación del territorio, fueran abordados por equipos multidisciplinares en los que cada miembro colaborara con aquellos conocimientos y técnicas en los que está especializado. El creciente carácter pluridisciplinar de algunas ramas geográficas constituye, precisamente, uno de los legados más valiosos del enfoque marxista a la Geografía, según la opinión de M^a.D. García Ramón (1992).

La docencia en geografía

Aun siendo primordial el hecho de que la Universidad deba «enseñar a enseñar Geografía» (PLANS, 1980), porque ello redundará en un claro beneficio para nuestra disciplina a largo plazo, el principal objetivo de la docencia geográfica superior no debe centrarse en el adiestramiento didáctico de los futuros profesores de enseñanza media, aunque ésta sea en la actualidad una de las escasas salidas profesionales de los licenciados en Geografía. La inclusión de la didáctica de la Geografía como materia obligatoria en los nuevos planes de estudios debe contribuir ante todo a fomentar de forma positiva la atención que los profesores universitarios, normalmente más preocupados por la investigación, prestamos a los aspectos docentes, así como la reflexión sobre nuestra postura ante la práctica pedagógica cotidiana.

Es imprescindible que la docencia

geográfica superior responda a las críticas generalizadas por parte de los estudiantes, que cuestionan tanto los métodos como los contenidos y objetivos de las enseñanzas geográficas que en la actualidad se les imparte, tal como indica E. Clemente (1982). Este autor señala la falta de concordancia entre el orgullo y optimismo de muchos docentes debido al crecimiento cuantitativo de la Geografía en la Universidad española (más alumnos, más departamentos y profesores, más asignaturas de especialización, más publicaciones, más tesis doctorales, más revistas especializadas, más proyectos de investigación subvencionados, más profesores desempeñando cargos públicos) y el desencanto manifiesto de los alumnos, convencidos de que la Universidad y la Geografía no responden a sus expectativas y que el evidente crecimiento mencionado no va acompañado de un desarrollo cualitativo paralelo, capaz de mejorar el nivel docente y metodológico y la eficacia social de la ciencia que se les enseña.

La insatisfacción de los estudiantes de Geografía españoles, reunidos por primera vez en Barcelona en 1978, va mucho más allá, pues incluso denunciaron la excesiva influencia de la escuela regional francesa en la mayoría de los departamentos universitarios y el exagerado conservadurismo del cuerpo docente (PEÑA y SANGUIN, 1984). Estas situaciones son en gran medida responsables de que la enseñanza tradicional de la Geografía y los objetivos perseguidos hayan contribuido al papel de nuestra

disciplina como agente de reproducción de la sociedad. Siguiendo a J. Huckle (1985), las características que evidencian este hecho son las que a continuación se relatan:

- La Geografía es considerada muchas veces como un conjunto de hechos no problemáticos que se han de memorizar.
- El éxito del alumno viene determinado generalmente por su capacidad para reproducir ideas, hábitos y actitudes que reproducen el statu quo.
- Se valora más la descripción que la explicación, y cuando ésta se realiza suele ser determinista y tendente a ignorar el papel que los problemas sociales, económicos y políticos representan en la configuración del espacio.
- Las habilidades para resolver cuestiones y tomar decisiones están orientadas a la resolución de problemas que plantea la pluralidad de valores y propician una visión consensuada de la sociedad, ignorando lo que representa el conflicto y el uso de los diferentes tipos de poder en la resolución de aquellos problemas.

De este modo se comprueba que las deficiencias que presenta la docencia geográfica española son idénticas a las que exhibe la investigación, pues ambas actividades están íntimamente relacionadas y llegan a componer un círculo vicioso. Los geógrafos que analizan el espacio con criterios clásicos, enfoques desfasados, visión parcial de la realidad

y carencia de formación teórico-social, inculcan a sus alumnos unos mismos valores que éstos reproducirán durante su vida universitaria y una vez que obtengan la licenciatura. Esta reproducción puede seguir caminos más complejos y afectar a las generaciones futuras si dichos discípulos llegan algún día a ser profesores de Geografía, tanto en las enseñanzas superiores como en las medias.

La planificación docente de la Geografía no debe circunscribirse a la estricta elaboración y cumplimiento del programa de las materias. Los programas constituyen el núcleo fundamental de los contenidos que se desean comunicar al alumno, pero los objetivos deben ir mucho más allá y buscar la formación integral, el compromiso, el desarrollo intelectual y la capacitación profesional de los estudiantes. En la consecución de dichos objetivos el profesorado ha fracasado con frecuencia, ya que ha tendido a transmitir muchos conocimientos y pocas ideas. Es necesario, en este sentido, estimular a los alumnos a que aprendan a buscar su propia información geográfica, adoptar una postura crítica ante los hechos y una actitud mental flexible, aprender a reflexionar, huir de los dogmatismos y, en definitiva, ser capaces de pensar por sí mismos.

Siendo importante, lo fundamental no estriba en que el discente acumule mucha información y se ejercite en el empleo de los diferentes recursos instrumentales de la Geografía, pues antes que geógrafo es ciudadano y miembro activo de la sociedad. Por ello, flaco

favor hará el profesor que no consiga en sus alumnos el estímulo hacia la curiosidad científica, la iniciativa intelectual, el autoaprendizaje, las actitudes críticas y la propia autocrítica, el compromiso ante la realidad socio-económica, cultural y política del entorno inmediato y del mundo o incluso hacer ver las ventajas del trabajo en equipo, tanto interdisciplinar como con otros geógrafos.

Todo esto ayudaría a perfeccionar, en palabras de J. Fien (1992), «la geografía personal» de cada estudiante, ya que el análisis geográfico será de mayor calidad si formamos ciudadanos informados, responsables, reflexivos y comprometidos con la sociedad en la que viven. Esta sólida preparación, que actualmente brilla por su ausencia, les permitirá, sin duda alguna, el enfrentamiento con los problemas sociales, económicos y ambientales que irán surgiendo en su vida cotidiana. Es más, de poco servirá el iniciado proyecto de crear un colegio profesional de geógrafos si la formación de los mismos no se centra en el desarrollo de los valores mencionados, salvo que nos resignemos a que el geógrafo sea un mero agente reproductor de la estructura social vigente y sirva a los intereses de unos pocos grupos y no al conjunto de la sociedad.

Evidentemente, estas actitudes docentes no se pueden improvisar, por lo que un geógrafo adiestrado en la crítica y conocedor de la filosofía marxista tiene ya recorrido un gran trecho del camino y parte con ventaja en la difícil carre-

ra de la docencia. En este punto es muy significativa, y extrapolable a la enseñanza, la opinión de G. Wettstein (1989) cuando indica que los geógrafos deben cuestionarse continuamente a sí mismos y a la ciencia que cultivan para ser mejores y mejorar la Geografía. Asimismo, señala que los geógrafos tienen que aspirar a ser radicales evolutivos y no conservadores.

Según este autor, el geógrafo radical no es dogmático ni estático, proyecta hacia el exterior su propia síntesis moral y creativa acerca del mundo tal cual es, nutre su aprendizaje permanente inspirándose en la realidad cambiante que lo rodea, busca formas de comunicación con la gente común, sabe escuchar y no teme expresar su opinión, e incluso adapta e inventa periódicamente nuevas y audaces facetas para definir mejor su propia identidad. Por el contrario, y en oposición a él, un geógrafo conservador es aquel que considera la vida como una lucha económica solamente, mira hacia el pasado y tiende a estereotipar a las personas, valora el consenso general y la disciplina, sospecha de las personalidades imprevisibles, demuestra poca tolerancia para la ambigüedad humana, es decir, por todo ello acaba siendo elitista y jerárquico. Ante semejante contundencia argumental huelga cualquier otro comentario explicativo por mi parte.

Es indudable que el marxismo, aparte de proporcionar sólidos fundamentos, también imprime, como hemos visto, un carácter determinado que se ajusta a las

nuevas necesidades de la docencia geográfica. Pretender la asepsia docente o la uniformidad de criterios es una entelequia que sólo esconde posturas conservadoras ante la vida y la Geografía, según dicta mi propia experiencia. Muchos geógrafos se vanaglorian de ser objetivos, pero ¿qué es la objetividad?. Un profesor, o cualquier individuo, no podrá ser nunca objetivo porque pertenece a una clase social determinada (real o deseada), percibe por su trabajo una cierta cantidad de dinero todos los meses, posee unas creencias personales, ha conseguido una formación intelectual más o menos rica, tiene su ideología política y, por supuesto, intereses concretos que defender. Este cúmulo de circunstancias le «obligan» a percibir la realidad de una forma y no de otra, es decir, subjetivamente. Entre las obligaciones del docente no está la objetividad, sino la honradez y la integridad moral para no caer en el adoctrinamiento y el proselitismo. Es cierto que el profesor debe mostrar al estudiante las ventajas e inconvenientes de las diversas corrientes geográficas, así como transmitir todas las posibles interpretaciones de cualquier hecho, fenómeno, actuación, circunstancia o criterio, pero nunca estará de más que al final exponga con argumentos sus propias convicciones y su visión particular de la realidad. Amparándome en el mayor grado de madurez intelectual del alumno universitario, creo que esta es la verdadera esencia de la Universidad, un foro donde el estudiante puede escuchar diferentes discursos y

razonamientos que, además de enriquecerle, le llevarán en el futuro, tras reflexionar, a formar su propia e intransferible opinión. Toda uniformidad de criterios, comportamientos, ideologías y juicios resulta a la larga funesta, tanto en la Geografía como en cualquier otra ciencia.

Conclusión

Parece ser que los tiempos actuales no son propicios para plantear cuestiones similares a la que da título a este trabajo. La desaparición del bloque soviético ha tenido como resultado inmediato el triunfo del liberalismo, la emergencia de Estados Unidos como potencia hegemónica y la expansión de conceptos como mercado, competitividad, libre cambio, mundialización, globalización, concurrencia, privatización o desregularización, que configuran un pensamiento único con tal poder de penetración en las mentes que ahoga cualquier intento de reflexión libre y rechaza todo razonamiento que no se ajuste a la doctrina imperante. Esta concepción neoliberal del mundo, al servicio del capital internacional, impregna de su tiranía económica tanto a la ciencia como al conjunto de la sociedad. No son pocos los intelectuales y científicos adormecidos por la profusión de unas ideas que bloquean toda capacidad de respuesta, cuando no colaboran activamente, vendiendo su autoridad de pensamiento, para lograr el tipo de sociedad pre-

tendido por los grupos de poder. Y todo ello bajo el paraguas protector de afirmaciones como que «se ha llegado al final de las ideologías» o que «han muerto las utopías».

A este respecto, la Geografía y la Universidad no constituyen una excepción a la regla general, pues una y otra reflejan las tendencias socio-económicas globales y no actúan como entes aislados. En el caso español no puede existir un panorama más desalentador debido a que la nueva situación se encuentra con un terreno abonado por la existencia de una Universidad cada vez más conservadora y pasiva, pues hace ya algún tiempo que dejó de ser la avanzadilla de la sociedad, y de una Geografía que nunca se desprendió del todo de los enfoques regionalistas, limitándose a ver, observar y anotar la realidad pero sin pasar a un análisis más profundo y global en el estudio de los espacios. Este enfoque inocuo y aséptico, a veces pseudomodernizado con un barniz humanista o behaviorista, es el que más interesa, lógicamente, a los propagadores de la buena nueva neoliberal.

Sin embargo, lejos de haber finalizado la historia y de habitar en un mundo armónico y feliz, los hechos son tozudos y demuestran día a día que siguen existiendo graves problemas (algunos de ellos incluso se han agudizado durante los últimos años) de tipo económico, social, étnico, político, cultural y ambiental que merecen una respuesta y ante los cuales los

científicos, concretamente los geógrafos, no pueden permanecer impasibles. Por lo tanto, se hace necesaria en España la regeneración de una Geografía que hasta ahora ha oscilado entre dos extremos que en el fondo son la misma cosa: los enfoques descriptivos clásicos y la inclusión en una mera actividad productiva que resuelve cuestiones parciales a corto plazo mediante el ejercicio de una supuesta aplicación práctica de la investigación.

En la medida en que el espacio, objeto de estudio específico por parte de la Geografía, es un producto social y expresa significados sociales, el análisis geográfico debería mejorar su capacidad crítica, afrontar los problemas del mundo con un talante renovado y adquirir una base sólida en teoría social. La recuperación de la filosofía marxista puede proporcionar, una vez adaptada a las nuevas circunstancias, las claves necesarias para que nuestra disciplina sea más eficaz y asuma el reto que tiene ante sí, pues su metodología, sus esquemas conceptuales y la ligazón que efectúa entre teoría y praxis son recursos perfectamente válidos en la actualidad. En definitiva, la existencia de una Geografía marxista en la Universidad española no sólo tiene auténtico sentido, sino que, además, me atrevería a afirmar que es absolutamente necesaria si deseamos que esta disciplina SOCIAL y HUMANA tenga utilidad y no quede relegada a un papel marginal dentro de la estructura científica y docente del país.

Referencias citadas

- BUZUEV, V. y GORODNOV, V. 1987. *¿Qué es el marxismo-leninismo?*, Moscú, Progreso.
- CAPEL SAEZ, H. 1981. *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova.
- CAPEL SAEZ, H. 1987. *Geografía Humana y ciencias sociales. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Montesinos.
- CLEMENTE CUBILLAS, E. 1982. «La crítica estudiantil a la enseñanza de la Geografía en la Universidad española», *II Coloquio Ibérico de Geografía*, pp.153-174.
- DERRIDA, J. 1995. *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta.
- ESTEBANEZ ALVAREZ, J. 1986. «Tendencias en Geografía Rural», en A. García Ballesteros (coord.), *Teoría y práctica de la Geografía*, Madrid, Alhambra.
- ESTEFANIA, J. 1996. *La nueva economía. La globalización*, Madrid, Debate.
- FIEN, J. 1992. «Geografía, sociedad y vida cotidiana», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 21, pp.73-90.
- FUKUYAMA, F. 1992. *El fin de la historia*, Barcelona, Planeta.
- GARCIA BALLESTEROS, A. (coord.) 1986. *Geografía y marxismo*, Madrid, Universidad Complutense.
- GARCIA RAMON, M^a.D. 1985. *Teoría y método de la Geografía Humana anglosajona*, Barcelona, Ariel.
- _____. 1992. «Desarrollo y tendencias actuales de la Geografía Rural (1980-1990), una perspectiva internacional y una agenda para el futuro», *Agricultura y Sociedad*, 62, pp.167-193.
- GARCIA RAMON, M^a.D. y NOGUE FONT, J. 1992. «Práctica profesional e institucionalización académica de la Geografía en España», *La Geografía en España (1970-1990)*, Aportación española al XXVIIº Congreso de la Unión Geográfica Internacional, Washington, pp.59-69.
- GEORGE, P. 1967. *Geografía Activa*, Barcelona, Ariel.
- _____. 1972. «L'illusion quantitative en géographie», en *La pensée géographique française contemporaine. Mélanges offerts au professeur A. Meynier*, Saint-Brienc, Presses Universitaires de Bretagne, pp.115-121.
- GREGOR, H.F. 1973. *Geografía de la Agricultura*, Barcelona, Vicens-Vives.
- HARVEY, D. 1975. «The Geography of Capitalism accumulation. A reconstruction of the marxian theory», *Antipode*, vol.7, nº2, pp.9-21.
- HARVEY, D. 1977. «Población, recursos y la ideología de la ciencia», *Documents d'Anàlisi Metodològic en Geografia*, 1, pp.71-108.
- HUCKLE, J. 1985. «Geography and schooling», en R.J. Johnston (ed.), *The Future of Geography*, London, Methuen, pp.291-306.
- LACOSTE, Y. 1976. *La Géographie, ça sert d'abord à faire la guerre*, Paris, Maspéro.
- MARX, K. 1968. *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza.
- _____. 1973. *El Capital. Crítica de la economía política*, 3 vol., México, F.C.E.
- ROBERT MORAES, A.C. 1984. *A valorização do espaço*, Sao Paulo, Hucitec.
- PEET, J.R. 1977. *Radical Geography. Alternative Viewpoints on Contemporary Social*, London, Methuen.
- PEÑA, O., y SANGUIN, A.L. 1984. *El mundo de los geógrafos*, Barcelona, Oikos-Tau.
- PETRELLA, R. 1996. «Los amos de la Tierra», *Le Monde Diplomatique*, 1, p.20.

- PLANS SANZ DE BREMOND, P. 1980. «Técnicas para el estudio de la Geografía», *Didáctica Geográfica*, 5, pp.13-18.
- POLITZER, G. 1985. *Principios elementales y fundamentales de filosofía*, Madrid, Akal.
- QUAINI, M. 1974. *Marxismo e Geografia*, Florencia, La Nuova Italia.
- RECLUS, E. 1877. *Nouvelle Géographie Universelle: La terre et les hommes*, Paris, Hachette.
- SANCHEZ, J.E. 1981. *La Geografía y el espacio social del poder*, Barcelona, Los Libros de la Frontera.
- SANTOS, M. 1974. «Geography Marxism and Under-Development», *Antipode*, Vol. 6, nº 2, pp. 1-9.
- SANTOS, M. 1976. *Por uma geografia nova*, Sao Paulo, Editorial Universitaria.
- SANTOS, M. 1994. *Metamorfoses do espaço habitado*, Sao Paulo, Hucitec.
- SANTOS, M. 1982. «Alguns problemas atuais da contribuição marxista á Geografia», *Novos Rumos da Geografia Brasileira*, Sao Paulo, Hucitec.
- TOFFLER, A. 1992. *Les Nouveaux Pouvoirs*, Paris, Fayard.
- TUAN, Y.F. 1974. *Topophilia*, New Jersey, Prentice Hall.
- UNWIN, T. 1995. *El lugar de la Geografía*, Madrid, Cátedra.
- WETTSTEIN, G. 1989. *Subdesarrollo y Geografía*, Montevideo, Indice.